

UNA MONEDA, CON BUENA VOLUNTAD, SIN MIRAR A LOS OJOS

Fin de semana del 17/18 de diciembre. Me toca trabajar. Trato de hacer compatible la obligación con alguna devoción: ir a desayunar a Zarautz y disfrutar del paseo marítimo Zarautz-Getaria. ¡Qué gozada!

En Zarautz me encuentro con varias personas pidiendo en la calle. “Ayúdame, no tengo para comer”. “No tengo trabajo”. “Hoy soy yo, mañana puedes ser tú”, leo en viejos cartones. Vuelvo a Andoain. Antes de subir a casa hago algunos recados. En la puerta de la tienda una mujer me saluda: “Buenos días, señor. Una ayuda por favor. Tengo tres hijos”. Última estación en la panadería. Una joven de color me pide una ayuda. No es Zarautz, ni Andoain. Es el pan de cada día en nuestras calles, en nuestras plazas, en la entrada de los parkings...

Hay días en los que les doy algo, días en que no. Pero siempre, o casi siempre, ver a una persona necesitada pidiendo en la calle me interpela, me crea un cierto desasosiego interior. El sábado les di a todos una moneda –eso no me hace ni mejor ni peor-. Pero hice algo más: prometerme a mí mismo que escribiría este apunte para hacer públicas mis propias contradicciones, que no sé lector/lectora si son también las tuyas.

Muchas de las veces pienso: “si les tengo que dar a todos...”, “si fuera para comer, bien, pero a saber...”, “si fuese para ellos, bien, pero la mayoría están manipulados por mafias que se quedan con la mayor parte del dinero...”, si, si, si...

Y otras muchas, por un instante trato de ponerme en el lugar de la persona que de rodillas, sentada o de pie tengo delante, me lo intento imaginar cuando era niño/niña, jugando feliz, ¿tendrá familia? ¿cómo y por qué habrá llegado a esta situación? Y cuando la persona es inmigrante, pienso: ¿qué infierno estaría soportando en su país de origen para pensar que pedir en la calle es una vida mejor?

Sí, el sábado les di algo a todos, pero fue como siempre: con buena voluntad, sin atreverme a mirarles a los ojos.

PD Entre las imágenes que tengo grabadas de cuando era niño, hay una que no se me olvida –creo que a mis hermanas tampoco-. Pongamos que era hace casi medio siglo. Un día nuestro aita apareció en casa con un marroquí. Le había pedido ayuda. Aita no le dio una moneda, le llevó a casa para que cenara con nosotros en familia. Creo que el marroquí –no recuerdo su nombre- agradeció más eso que la moneda. Cuando ya se iba, mi aita le dio su gabardina, su mejor y única gabardina.